

DAPHNE DU MAURIER

Los pájaros y otros relatos

Prólogo

Slavoj Žižek

Traducción

Miguel Cisneros Perales

el paseo, 2017

Titulo original: *The birds and other stories* (1952)

Copyright © 1952 The State of Daphne Du Maurier
© de la traducción: Miguel Cisneros Perales, 2017
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2017
www.elpaseoeditorial.com

1ª edición en EL PASEO: octubre de 2017

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)
Corrección: Deculturas, S.C.A.
Impresión y encuadernación: Kadmos

L.S.B.N. 978-84-945885-9-4
DEPÓSITO LEGAL: SE-XXXX-2017
CÓDIGO BIC: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.
Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Prólogo de Slavoj Žižek	9
<i>Los pájaros y otros relatos</i>	
Los pájaros	25
El manzano	79
El joven fotógrafo	143
Bésame otra vez, forastero	207
El viejo	243

Prólogo

¿ESTÁ PERMITIDO DISFRUTAR TODAVÍA
DE DAPHNE DU MAURIER?

Hace un año, mientras esperaba en la cola para pagar en una librería de Waterstones de Londres, oí a un joven preguntarle a uno de los empleados: «Acabo de terminarme *Mrs. de Winter*.^{*} ¿Es cierto que es la secuela de otro libro?». Aquello para mí fue un modo muy deprimente de toparme con la incultura de la generación más joven, ¿cómo puede alguien no conocer *Rebecca*?

¿O tal vez sea un olvido merecido? Hay algo radicalmente extemporáneo en Daphne du Maurier: su prosa parece marcada por algunos excesos melodramáticos que al lector de hoy le pueden parecer ridículos: después de leer alguno de sus libros, es difícil evitar la vaga sensación de que hoy posiblemente ya no se pueda escribir así.
^{**} Ella cuenta historias sin parecer lo que hoy se considera

^{*} *N. del T.* Novela de Susan Hill, publicada en 1993, que pretende ser una secuela de *Rebecca*, novela de Daphne du Maurier.

^{**} Sin embargo, ¿no ocurre lo mismo para muchos con otros grandes clásicos? ¿Es todavía posible escuchar hoy el primer movimiento de la Quinta Sinfonía de Beethoven con el ingenuo reconocimiento de los persistentes golpes del destino, o este movimiento se ha perdido para siempre por culpa de su «mercantilización» posterior?

un estado de aislamiento psicótico... El acontecimiento intruso (los pájaros que atacan, el manzano retorcido, el extrañamente atractivo fotógrafo lisiado, etc.) no es más que una fuga fantasiada de esta miseria, una figura que hace aún más palpable la miseria del trasfondo cotidiano; ¿podemos imaginar un retrato más devastador de las elecciones que la vida nos pone por delante hoy en día?

La paradoja de las viejas grabaciones de gramófono es que hoy percibimos la voz del cantante, cuya claridad se ve empañada por «rasguños» de la grabación, como un sonido más «realista» que la más fiel grabación en Dolby Stereo o THX; como si la misma imperfección de la grabación gramofónica fuera una prueba de que la «voz verdadera» está realmente allí, mientras que, en el segundo caso, la misma perfección desmereciera la realidad de lo que oímos, convirtiéndolo en la experimentación de una perfecta falsificación. Y tal vez así sea como deban leerse los textos de du Maurier: sus rasguños, que hoy pueden hacerlos anticuados, e incluso hacerlos parecer ridículos, contribuyen también a mantenerlos vivos.

SLAVOJ ŽIŽEK

Los pájaros

y otros relatos

Los pájaros

La noche del tres de diciembre el viento cambió y llegó el invierno. Hasta entonces el otoño había sido tranquilo, suave. Las hojas resistían en los árboles, rojas y brillantes, y los setos seguían siendo verdes. Allá donde el arado la había levantado, la tierra era fértil.

Debido a una herida de guerra, Nat Hocken recibía una pensión y no trabajaba en la granja a tiempo completo. Trabajaba solo tres días en semana y le encargaban los trabajos menos pesados: cubrir con paja los tejados, arreglar los cercados, reparar los distintos edificios de la granja.

Aunque estaba casado y tenía dos hijos, era una persona solitaria; prefería trabajar solo. Lo que más le gustaba era cuando le mandaban levantar un muro o arreglar una cancela en la parte más alejada de la península, donde el mar rodeaba las propiedades de la granja por ambos lados. En esas ocasiones le gustaba parar a mediodía para comerse la empanada que le cocinaba su mujer y, sentado al borde del acantilado, observaba los pájaros. La mejor época era el otoño, mejor incluso que la primavera. Durante la primavera los pájaros volaban tierra adentro, conscientemente, con un objetivo; sabían bien cuál era su destino y que el ritmo y el ritual de sus vidas

no aceptaban ningún retraso. En otoño, aquellos pájaros que no habían emigrado mar adentro, y que se quedaban allí para pasar el invierno, sentían un impulso por volar, pero como migrar ya era algo imposible para ellos, se dejaban llevar. Grandes bandadas de pájaros llegaban a la península, inquietos, revoltosos, siempre en movimiento, sin detenerse; daban vueltas, volaban en círculos en el cielo y se detenían al rato para buscar alimento en la tierra recientemente removida. Pero incluso cuando paraban para alimentarse parecía como si lo hicieran sin hambre, sin deseo. La misma inquietud les empujaba al rato, otra vez, hacia el cielo.

Blancos y negros, grajillas, gaviotas, los más extraños compañeros de viaje, todos buscaban cierto sentimiento de liberación. Nunca se quedaban quietos. Los estorninos volaban en grandes bandadas, provocando sonidos sedosos al rozarse con el viento, sobre los pastos frescos, empujados por la misma necesidad de movimiento; y los pájaros más pequeños, los pinzones y las alondras, se repartían entre los árboles y los setos como por obligación.

Nat los contemplaba. También le gustaba mirar a las aves marinas. Abajo, en la bahía, estas esperaban a que creciera la marea. Eran más pacientes. Ostreros, archibeques, correlimos y zarapitos vigilaban encaramados a los acantilados; esperaban a que el lento mar cubriera el litoral y, cuando las olas se retiraban, descubriendo tras de sí tiras de algas desnudas y guijarros revueltos, las aves marinas se abalanzaban a toda prisa sobre la playa. Después las poseía el mismo ímpetu por volar. Con una algarabía de graznidos y silbidos, planeaban sobre el mar sereno y se alejaban de la costa. A toda prisa, a